

EL ASEDIO DE ALICANTE: UNA DEFENSA MEMORABLE

Diciembre 1708 - Abril 1709 (1)

por DAVID CHANDLER MA, F. R. Hist S., F. R. G. S.

Dept. de Estudios de Guerra de la Royal Military Academy Sandhurst

En los anales de la extensa y brillante historia del Ejército inglés figuran numerosos ejemplos de valor, de abnegación y de entrega al cumplimiento del deber. Muchos de estos ejemplos constituyen el relicario de nuestra historia nacional; otros casi cayeron en el olvido, a pesar de ser dignos de recuerdo. Entre éstos se encuentra la defensa y el asedio de Alicante, que duró ciento treinta y seis días, y que bien vale la pena ser evocado en su doscientos setenta aniversario. Así lo exige la bravura desplegada por la guarnición aliada, la decisión de la fuerza atacante —compuesta por franceses y españoles—, y sobre todo, el soberbio ejemplo del hombre que, incluso después de muerto, fue inspiración y espíritu de la defensa: el general de división John Richards.

La ciudad de Alicante se asoma al Mediterráneo por el promontorio dominante del cabo Huertas, en la costa oriental de España, a unos ciento sesenta kilómetros al nordeste de Cartagena. En la actualidad, Alicante es un puerto floreciente de 120.000 habitantes, muchos de ellos dedicados a la exportación de vinos y de tejas o a la industria del turismo.

Los turistas de invierno acuden hoy en tropel a la cita del sol de la playa de Postiguet, donde antaño escudriñaran el horizonte ansiosos centinelas con la esperanza de ver surgir en él las primeras velas de una flota de socorro. A la espalda de estos centinelas se elevaba, como en nuestros días, una mole rocosa de 120 metros de altura, sobre la que campeaba el castillo de Santa Bárbara. El castillo y su circunstancia topográfica permitían que Alicante gozara de la reputación de ser la más fuerte ciudadela del reino de Valencia. En las cercanías meridionales de esta negra y aislada roca se halla hoy

(1) Este artículo está basado en un capítulo de la obra del autor *El arte de la guerra en la época de Balborough*, en curso de publicación por WEIDENFELD y NOCOLSON.

agazapada la Villa Vieja, en la que se encuentran las amplias instalaciones del puerto. Gran parte de la moderna ciudad no existía a comienzos del siglo XVIII, a parte de pequeños suburbios. Tampoco existía el castillo de San Fernando, construido durante las guerras de Wellington (2), que completa la fortaleza de Santa Bárbara, en los arrabales del nordeste de la ciudad.

A principios de 1700, las defensas de Villa Vieja, exceptuando el castillo, comprendían un cordón de murallas y de casas defensibles que miraban al mar, mientras que una antigua muralla medieval, hoy en mal estado de conservación, miraba al puerto.

Estas débiles defensas eran el talón de Aquiles de Alicante. Pero también la naturaleza había dotado a la defensa de indudables ventajas, explotables por un jefe de imaginación y una buena guarnición. Aparte de la roca del castillo inexpugnable, los vastos espacios azules de la bahía protegen del ataque sus lados oriental y meridional, salvo contra un adversario que dispusiera de potente flota. A unos kilómetros tierra adentro se hallan las estribaciones de la sierra del Cid, región desnuda y árida, con escasos medios de subsistencia y difícil para el movimiento de un ejército sitiador. Los accesos norte y suroeste al castillo y ciudad están cerrados por ríos que desembocan en el mar, y aunque en algunas estaciones del año estas corrientes de agua llevan poco caudal, constituyen obstáculos para la defensa.

La guerra de sucesión llevaba ya más de cinco años sin que Alicante se hubiera incorporado a la historia de ella. Tres campañas habían tenido lugar en la península Ibérica antes de que ninguna fuerza aliada apareciese en alta mar para garantizar la adhesión de Alicante a la causa de los Habsburgo, uno de cuyos miembros, Carlos III, era pretendiente al trono de España. Desde el principio hasta el final, el ataque a Alicante fue una acción dominada por la Armada Real. El principal intérprete de esta acción fue el almirante Sir John Leake, que acababa de tomar Cartagena. Sir John se presentó en Alicante al mando de potente escuadra, bloqueando a la ciudad por el mar; el bloqueo por tierra lo mandaba el jefe local don Seorcía, al frente de 2.000 miqueletes. El 7 de junio de 1706, Alicante quedó aislada del campo circundante.

Al mando de la defensa estaba un brillante expatriado irlandés, el general de división Daniel Mahoni, con 500 hombres del ejército regular y 1.500 de la milicia a sus órdenes. Mahoni rechazó inmediatamente la rendición formal que le propuso Leake, su adversario, y se dispuso a la resistencia a toda costa, a pesar del franco derrotismo existente entre los 200 napolitanos de su infantería regular.

Hacia el 22 del mismo mes de junio de 1706, Leake había logrado desembargar en la bahía de Alicante 800 soldados de Infantería de Marina y 500 marineros para reforzar a los miqueletes; sin embargo, Lea-

(2) «Wellington's wars», (Guerras de Wellington), dice el autor refiriéndose a nuestra guerra de la Independencia. (N. del T.).

ke no se decidió al ataque de la plaza hasta que, el primero de agosto, recibió un nuevo contingente de fuerzas procedente del Campo de Elche, consistente este refuerzo en 1.300 ingleses de Infantería y 300 españoles de Caballería. Estas unidades de refresco engrosaron las del cerco con seis piezas de artillería que entraron inmediatamente en fuego, dedicándose el grueso a obras de fortificación con idea de estrechar el asedio. Al día siguiente, 23, una escuadra formada por siete buques ingleses y tres holandeses navegaba majestuosamente en aguas alicantinas; llegado que hubieron a distancia de tiro, lo abrieron sobre las antiguas murallas de la ciudad y por espacio de seis días. El almirante Leake y el general Richards habían decidido atacar Alicante en acción combinada, pero esta decisión no llegó a consumarse, pues al fin el almirante se decidió por la maniobra terrestre, designando ejecutor de ella, con nombramiento eventual de general, al contralmirante Sir George Jennings, quien se puso al frente de las tropas desembarcadas el día 22 de junio.

El 8 de agosto George tomó varios puestos avanzados y alcanzó los suburbios de la ciudad. Por su parte, el bombardeo naval había hecho dos grandes brechas en las murallas defensivas que dan a la costa. Así las cosas, este mismo día Leake verificó un desembarco con tropas de Infantería de Marina en barcasas y atacó por el ángulo occidental de la muralla. Tras encarnizada lucha, Mahoni se replegó al castillo. Esta acción costó a los aliados unas 115 bajas.

El castillo representaba un serio problema, pues los cañones de los barcos no podían elevar el tiro para batir con eficacia la cima de la roca; esto no podía lograrse más que con un número suficiente de bombardas. Durante un mes, la actividad bélica se redujo a bombardeos intermitentes por ambos lados, de tierra a mar y de mar a tierra, que causó muchas bajas a los defensores. Sin embargo, Mahoni seguía en su actitud de no tomar en consideración las propuestas de rendición que se le hacían. Pero a primeros de septiembre tuvo que ceder ante la amenaza que de envenenar el agua de consumo le hicieron sus propios napolitanos. Y el 4 de septiembre reunió a sus fuerzas para entregarse el 8, fecha en que los defensores fueron conducidos a Cádiz con todos los honores de guerra. Así es como Alicante pasó a manos aliadas. La plaza fue confiada al general George, y Leake zarpó con sus buques para tomar Mallorca.

No es posible seguir aquí, por razón de espacio, todas las azarasas fluctuaciones de esta guerra, tales como el hecho de que jefes como Galway, Stahrember y Stonhope se empeñaran en imponer al archiduque Carlos de Austria al pueblo español, resueltamente decidido éste a mantener en el trono al borbón Felipe V, nieto de Luis XIV de Francia, que heredó la corona de España en 1700, legada por el último de los Habsburgos españoles. Baste con decir que los primeros éxitos del ejército aliado —toma y posesión de Barcelona, en 1705-6, por el enérgico conde de Peterborough, y la ocupación de

Madrid, por Galway— no fueron más que pasajeros, pues las fuerzas francoespañolas, mandadas por Berwick y Vendôme, pasaron inmediatamente a la contraofensiva. El 25 de abril de 1707, el ejército del duque de Galway sufrió seria derrota en Almansa, a unos cien kilómetros tierra adentro de Alicante, y durante los veinte meses siguientes los borbónicos volvieron a tomar las importantes ciudades de Lérida y Tortosa —14 noviembre 1707 y 10 diciembre 1708, respectivamente—, además de muchas otras plazas de menor importancia.

Los lises borbónicos sólo tuvieron dos reveses en el teatro de operaciones, a saber: su fracaso en la toma de Denia, en junio y julio de 1707, frente a la guarnición mandada por el español Ramos, hábilmente secundado por Charles Perceval, con 185 soldados ingleses de los Regimientos de Infantería Montandre y Hotman, y la pérdida de Menorca, de mucho mayor significado estratégico, con su inestimable puerto de Mahón, en septiembre de 1708.

Sin embargo, por tierra, las fuerzas de Felipe V llevaron la iniciativa a partir de la batalla de Almansa, mientras que los generales aliados perdieron mucho tiempo querellándose entre sí, intrigando y dividiendo sus fuerzas en fracciones mal coordinadas.

Pero esto supone anticipar los acontecimientos por lo que a la historia de Alicante se refiere. El mes de marzo de 1707 vio la llegada de un nuevo jefe (gobernador) en la persona del General de División John Richards (1669-1709), uno del trío formado por los eminentes *hermanos-soldados*, cuyas cartas-diarios y otros documentos constituyen fuente importante para los asuntos militares del período que va de 1688 a 1713.

John Richards fue el segundo de los tres hermanos. El mayor, Jacob (1660-1701), había prestado muchos servicios a Guillermo III en las campañas de Irlanda y de Flandes y había sido especialmente designado para el mando de las bombardas que actuaron sobre San Maló en 1695. Siendo todavía joven, la Dirección de Artillería lo comisionó para hacer un extenso viaje por Europa central y meridional, al objeto de estudiar las prácticas (*métodos*) artilleras e ingenieras de las principales potencias europeas. Tras la paz de Riswick (1679), fue ascendido a coronel y nombrado Tercer Ingeniero de Inglaterra, dándosele el mando del Tren de Paz. Desgraciadamente para su Nación, falleció en 1701 a la temprana edad de cuarenta años. El más joven de los hermanos Richards, Michael (1673-1721), vivió lo suficiente para convertirse, quizá, en el más famoso del trío. Después de prestar excelentes servicios de tren en las campañas de Irlanda y Flandes, fue ayudante de campo de Marlborough en 1706 y elegido para llevar la noticia de la gran victoria de Ramillies a la reina Ana. Posteriormente, gracias a la protección que le dispensaba Marlborough, fue nombrado Ingeniero Principal (Jefe del Tren) en el ataque a Cádiz, pero en realidad desembarcó en Alicante para reforzar el ejército de lord Galway, en enero de 1707, y durante los

siguientes cuatro años mandó virtualmente toda la artillería de los ejércitos de los generales Galway, Sahremberg y Stanhope, estando presente en todas las batallas y asedios más importantes. Ascendió a coronel en 1708, asumiendo, dos años más tarde, la coronelía del 25 Regimiento de Infantería; después mandó los Escoceses del Rey, y después de haber sido llamado a Inglaterra a finales de 1711, fue nombrado Ingeniero Jefe de Gran Bretaña. En 1714 desempeñó el cargo de Inspector General de la Dirección de Artillería, y cuatro años más tarde desempeñó importante papel en la fundación de lo que eventualmente se convirtió en la Real Academia Militar de Wooleich.

En cuanto a John Richards, su carrera había seguido un curso un tanto diferente a la de sus hermanos. Como profesaba el catolicismo, fue excluido del mando de fuerzas inglesas desde 1688, dedicándolo al servicio de venecianos y polacos y, desde 1703, de portugueses. Sin embargo, en tan alto grado estimaron sus cualidades Marlborough, Peterborough y otros, que sirvió *de facto* como jefe de toda la artillería aliada en los sitios de Barcelona (1705), Valençá y Alburquerque. Su perfecto dominio del español e incomparable conocimiento de los asuntos ibéricos, hicieron que fuese nombrado jefe de gran número de misiones especiales. En 1705 fue llamado a la metrópoli para informar del estado general de la guerra ante Marlborough y el Consejo Privado. De las actas y documentos que han podido llegar a nuestras manos, se deduce claramente que logró subsanar con dignidad todas las deficiencias administrativas, las luchas internas, y sobre todo, la invencible *aversión que los españoles sienten hacia los aliados en general y su increíble adhesión al Duque de Ajou y a la nación francesa*. (Stowe Mss. 471, folios 50, 52, 53 y 54. Manuscritos adicionales. Museo Británico). La actitud borbonista de los españoles estaba, en aquellos momentos, amenazando sin remisión la causa aliada.

Richards sufrió una gran decepción, pues fracasó en sus intentos de persuadir al Gobierno inglés para que efectuase una acción marítima de envergadura contra Cádiz; en cambio, un día se encontró con que él mismo estaba desembarcando en Alicante con su hermano Michael para reforzar la guarnición de aquella ciudad, cuyo mando ostentaba el comandante en jefe hugonote lord Galway. Posteriormente, como ya se ha dicho, fue nombrado gobernador de la plaza, relevando en el mando de ella al General Georges, que regresó a Inglaterra.

Los primeros años de su estancia en Alicante fueron más bien aburridos. Le hastiaba aquello de reducirse a prestar apoyo administrativo al ejército de tierra, tarea que llevaba consigo inevitables disputas con algunos oficiales de la Marina, no siempre dispuestos a descargar armas, municiones, suministros y dinero para el ejército de tierra. Esta tarea llegó, incluso, a defraudarle. En abril de 1707 escribió una carta a su agente regimental, Tomás Morris, en la que decía:

...Me han dado el mando de su ciudad y de su castillo, pero en cuanto llegue mi regimiento, del ejército Absburgo-Hispano, espero ser mejor empleado (3).

Las noticias de la derrota de Galway en Almansa, que llegaron a Alicante el 27 de abril, cambiaron completamente el estilo de su correspondencia ante la esperanza de que Alicante fuese atacado en un futuro próximo... Así se desprende de la carta dirigida a su cuñado, James Craggs, Ministro Residente británico, a la sazón, en la corte de Barcelona:

No dispongo ahora de más tiempo que el preciso para decirte que peleamos contra el duque de Berwick el 25 de este mes cerca de Almansa, y que, según me comunica mister Dolon, el 26, ayudante de campo de lord Galway, nuestro ejército está derrotado. Su Excelencia ha llegado al continente ligeramente herido en la cara. Poseo órdenes respecto a la defensa de esta ciudad, cuyo gobierno ostento, y deseo de todo corazón que nos ataque el enemigo, pero me temo que, entendiendo bien su oficio, prefiera no divertirse con muros de piedra mientras tiene un enemigo derrotado a quien perseguir (4).

Al día siguiente, en postdata a carta dirigida a Paul Methuen, embajador británico en Lisboa, revela el estado en que se encuentra su guarnición:

Espero que pronto estaré sitiado o completamente bloqueado en la ciudad y castillo. Nuestra guarnición no llega a 6.000 hombres, de los cuales 400 están enfermos; necesitamos un médico y, por otra parte, miro con muchísimo temor las provisiones, pues sir Geo. Byn no se acomoda en modo alguno a desproveer sus barcos... (5).

En la guarnición también escaseaba la munición para los distintos modelos de cañón apostados en las murallas, modelos que iban desde los de 18 libras hasta los pequeños falconetes de menos de una. A pesar de semejantes dificultades, Richards confiaba en su habilidad para hacer una vigorosa defensa. Suponiendo que el enemigo «tenga tropas bastantes para perseguir a lord Galway y para sitiarme, lo que yo desearía para general escarmiento, —escribió en un mensaje al duque Godolphin, lord Tesorero— daría muy buena cuenta de lo que me ha sido confiado (6).

En esta ocasión, sin embargo, Richards no iba a ser puesto a

(3) (Stowe Mss. 477, folio 19).

(4) (Stowe Mss. 474, fol. 21v.).

(5) (Stowe Mss., núm. 22).

(6) (Stowe Mss., núm. 7, de 1 de mayo de 1707, folio 29v.).

prueba. Orleáns y Berwick se alejaron de Alicante y durante todo aquel año el ejército borbónico no hizo más que llegar a Denia, donde fue rechazado tras, cuatro infructuosos asaltos, por los generales Mahoni y D'Asefeld. El 12 de julio Orleáns y Berwick abandonaron el sitio de Denia dejando tras sí huellas cruentas de sangre.

Aunque el peligro había sido más aparente que real, Richards mejoró sus fortificaciones con vistas a futuras y posibles contingencias, y como en meses sucesivos la causa aliada en España sufrió revés, Richards siguió fortificándose. No contaba con fondos para fortificar la ciudad, pero en la roca del castillo construyó una gran cisterna subterránea capaz para muchos miles de litros de agua de lluvia, y construyó también un edificio hospital a prueba de bombardeos. En las murallas y reductos del castillo practicó obras con la misma finalidad defensiva. Todo esto, unido al acopio de provisiones para la guarnición, incrementada por su propio regimiento, costaba más dinero del que recibía de Barcelona. Ante tal situación, escribió así a su hermano Michael en noviembre de 1708, lleno de indignación:

«...Nada tengo que perder más que la vida, habiendo gastado ya todo el crédito y todo el dinero de que dispongo en este mundo para la fortificación del castillo, para la alimentación de mi regimiento y para una partida de mulas que lord Galway me ordenó le mandara; mientras tanto, la Corte está gastando su dinero en la construcción de conventos, manutención de sacerdotes e inútiles Don Quijotes... (7).

En los últimos meses de 1708, mientras el duque de Orleáns se disponía a sitiar Tortosa —proyecto que, si tenía éxito, metería una cuña entre las fuerzas aliadas que operaban en Cataluña y las que quedaban en Valencia—, el Teniente General D'Asefeld resolvió renovar sus intenciones contra Denia y marchar luego sobre Alicante. La toma de estos dos puertos —Denia y Alicante— privaría a los aliados de dos importantes cabezas de desembarco y lugares de aprovisionamiento para futuras operaciones en la región. Para semejante empresa podría concentrar 12.000 hombres de tropa regulares francesas y españolas y un tren de asedio de 24 cañones y 5 morteros. Todo este considerable aparato hizo su presencia ante Denia los días 1 y 2 noviembre.

La guarnición constaba solamente de 227 hombres entre oficiales y soldados del ejército regular, además de una indeterminada cantidad de irregulares, todos ellos bajo el mando de Perceval, ya por entonces teniente coronel. La plaza estaba bien dotada de munición y artillería, pero las raciones de boca eran muy escasas. Perceval había acudido a Barcelona en petición de ayuda cuando las intenciones de D'Asefeld se habían hecho patentes —mes de octubre—, pero sin

(7) (Stowe Mss., 475, folio 120, de 3 de nov. 1708).

resultado positivo. Era de esperar que no tardaría en solicitar de Richards hombres y suministro.

Richards escribía al Teniente General James Stanhope el 3 de noviembre :

Señor: habiendo escrito a S. E. sobre lo que afecta a estas dos guarniciones destacadas de Denia y Alicante, tengo que añadir ahora que lo que previmos hace tanto tiempo se ha convertido en realidad. Denia está sitiada, y de creer lo que los mismos enemigos escriben, pues he interceptado varios correos a Madrid, Alicante será bloqueada hasta que terminen con Denia; después nos sitiarán formalmente. Aquí han llegado varios oficiales de Denia para pedir lo que no podemos darles: pan, que no tenemos nosotros bastante para 15 días; y tropas, que no tenemos nosotros ni las suficientes para cubrir el servicio ordinario... (8).

Un Consejo de Guerra citado por Richard al efecto, apoyó la decisión, ciertamente forzada por las circunstancias, de no prestar a Denia los socorros que pedía; sin embargo, la oportuna arribada a Alicante de un transporte con cereales, permitió enviar el día 11 a Denia un convoy de pan y 200 hombres, sacados éstos del propio regimiento de Richard; además, también envió a Denia por mar, en pequeñas embarcaciones, 150 hombres de las tropas irregulares. Lo que dejó a Richards, exactamente, con los regimientos de Hotham y Sybourg para guarnecer el castillo, y los 100 hombres que quedaban de su regimiento para defender la ciudad. Era típico en Richards el privarse de sus propios medios en beneficio de un compañero. Mientras tanto, atosigó materialmente a la superioridad con carta tras carta, expresando su extrañeza por no recibir socorros de Menorca, que distaba veinticuatro horas de navegación, con la circunstancia de que el puerto de Mahón había pasado a manos aliadas desde hacía algunas semanas. En carta dirigida a Erle y a la Dirección de Artillería, a mediados de noviembre, hacía hincapié en que «Denia ha sido sitiada desde hace cerca de trece días; no tiene ni la décima parte de la artillería que precisa para su defensa (¿y hombres?), y por lo que a nosotros respecta, no estamos mejor provistos. Ruego a Dios que tanto a ellos como a nosotros nos envíe su divina protección, pues nosotros seremos los próximos en seguir la suerte de Denia».

En realidad, lo que Denia necesitaba más bien era artilleros que cañones: la ciudad poseía 30 cañones, pero sin sirvientes más que para dos. Y el tiempo corría vertiginosamente. El 14 de noviembre Richard escribió :

(8) (Stowve Ms., 475, folio 110v.).

Temo que Denia esté ya perdida... El enemigo ha tomado la parte baja de la ciudad, lo que nos priva, como dicen sus defensores, de la posibilidad de socorrerla... Los hombres que de mi regimiento envié allá, se ven obligados a regresar ante la imposibilidad de entrar en la parte alta de la ciudad, que aún resiste —pero que me parece que no por mucho tiempo (9).

Al día siguiente, Richards escribió a su hermano expresándose en términos de indignación y violencia: «...Por lo tanto, tenemos que llegar a la conclusión de que Denia está perdida gracias a los honrados gentilhombres que van todas las noches al teatro— por ejemplo, en Barcelona—». Terminaba la carta informando que en el mismo Alicante había tenido que detener a sesenta ciudadanos desahectos. Constaba también esto:

Respecto a la defensa de esta ciudad, es absolutamente necesario aunque fuese por vía de máximo secreto, que se me hiciese saber qué clase de defensa espera el rey que haga yo en ella y qué medios me dará para ello. No dudo de que, incluso nada más que con las pocas tropas de que dispongo, se pueda hacer una defensa mediana de la plaza y suburbios, pero salvo que tengamos barcos para retirarnos en último extremo, confieso que se trata de un albur, pues no tenemos que confiar en ningún socorro.

Mientras Richards se estaba preparando para la tormenta que le acechaba, en Denia se estaban jugando las últimas bazas de la defensa. El 18 de noviembre, tras una resistencia de diecisiete días, Perceval tuvo que rendirse. A partir de entonces, el camino de Alicante quedaba abierto para D'Asefeld. Richards se apercibió de que hacia el norte había cesado todo ruido de disparos.

Ahora estamos trabajando intensamente en la línea que ha de cubrir nuestros suburbios, de cuya defensa juzgamos que depende la de la ciudad, pero esta tarea requiere más tiempo del que temo habremos de disponer... Sin embargo, haremos lo que podamos (10).

Richards organizó también —y con gran despliegue de actividad— una milicia ciudadana; esta milicia constaba eventualmente de 1.200 hombres, pero para armarlos no contaba más que con 200 viejos mosquetes. También necesitaba «una buena compañía de gente artillera», pues... «esperamos que el enemigo llegue aquí dentro de quince o veinte días, y su caballería mucho más pronto» (11).

(9) (Misma cita, 475, fol. 118).

(10) (Misma cita, folio 124).

(11) (Misma cita, folio 124).

No se equivocó Richards por lo que a la llegada de la caballería enemiga se refiere. El día 25 informaba a la Dirección de Artillería:

Ayer por la mañana su caballería ligera estaba ante esta plaza... No creo contar más que con 300 individuos de tropa regular para la defensa de la ciudad; no se ve una fragata a 300 leguas a la redonda. Diríase que este asunto está condenado al fracaso». Y escribió a Stanhope: «Dios sabe, milord, que nos hallamos en muy triste situación para defender esta plaza; nuestros suburbios todavía están en nuestro poder, y para ellos y la defensa de la ciudad no cuento más que con parte de mi regimiento... Pero haremos lo que podamos hacer, teniendo muy en cuenta las órdenes e instrucciones de su excelencia para la seguridad del castillo».

Hacia el día 29, el ejército borbónico estaba acampado en Agón y Monfort, a unas cuatro leguas de Alicante, disponiendo de unas siete fragatas y de corsarios y galeones que operaban desde Cartagena. «Ruego advierta de nuestro peligro a todos los barcos», escribió al gobernador.

En la última decena de noviembre de 1708 —probablemente el día 28—, el General de División Ronquillo había cercado Alicante. El grueso del ejército de D'Asefeld empezó a llegar ante la ciudad el 30 de noviembre. Richards tenía como ingeniero jefe al capitán Pierre de Pagez, veterano hugonote, auxiliado por el del mismo empleo Robert Latham. Además de la ya citada milicia voluntaria, Richards podía contar con 400 españoles de su regimiento y quizá 800 miqueletes; esta fuerza constituía la guarnición de la ciudad. Para defender el castillo disponía de unos 800 individuos entre soldados y oficiales, los cuales formaban el regimiento inglés de Hotham, mandado por el teniente coronel Thorneycroft, y del regimiento hugonote de Sybourg, mandado por el coronel Frederick Sibourg, con su segundo jefe el teniente coronel Balthazar d'Albon. Un destacamento de artilleros y unos pocos infantes de marina completaban la guarnición.

El 1.º de diciembre D'Asefeld inició las operaciones contra los suburbios, ocupando parte de ellos antes del anoecer. Al día siguiente volvió a avanzar D'Asefeld, lo cual dejó sin lugar a dudas lo que Richards opinaba respecto a la eficacia de la defensa de la ciudad. En vista de lo cual, y queriendo ahorrar a la población el mismo fin de los compatriotas de Denia, donde todos habían sido pasados a cuchillo tras el asalto a la ciudad baja, envió un parlamentario a D'Asefeld con condiciones para la evacuación. Consistían estas condiciones en que los ciudadanos fuesen tratados por las fuerzas borbónicas como si nunca se hubiesen revelado contra Felipe V; en cuanto a la guarnición de la ciudad, a los españoles se les permitiría libre evacuación y permiso para marcharse a Cataluña. D'Asefeld aceptó estas condiciones, incluso con gusto, pues le ahorraban tiempo para llegar a su verdadero problema: la lucha por la roca y el castillo de Santa Bárbara.

La situación no aconsejaba tomar la fortaleza al asalto ni por el clásico sistema de trincheras paralelas y de aproximación. Por otra parte, era creencia general que el castillo estaba bien provisto y que Richards había construido una cisterna de gran capacidad. Existían, pues, pocas probabilidades de rendir la fortaleza por inanición. No quedaba más que un camino: minar el castillo abriendo una galería en la roca, por debajo de la cisterna; después, amenazar con volarla si la guarnición se negaba a rendirse. Esta situación coincidía exactamente con la presentada y estudiada por el gran ingeniero militar francés Vauban, en su obra clásica *Sobre el ataque de plazas*, editada en París en 1779, obra que probablemente conocía D'Asefeld. El maestro francés abogaba en estos casos por el bloqueo, complementado por obras de minado y baterías de fuego de rebote. Y esta fue la decisión adoptada por D'Asefeld para rendir el castillo de Santa Bárbara.

Durante tres meses completos, los tenaces minadores de D'Asefeld penetraron en la dura roca, palmo a palmo, haciendo un túnel en su corazón, desde la cara de occidente. Richards practicó cuantos medios tuvo a su alcance para impedir la construcción de la galería, incluso haciendo hogueras para que el humo imposibilitara los trabajos. Sus 800 hombres de fuerza disponible tampoco le permitían hacer una salida para romper o intentar romper el cerco, pues éste lo constituían 12.000 hombres. El capitán Pagez perforó un túnel contramina por debajo de la plaza de armas del castillo, con la esperanza lógica de atenuar los efectos de la explosión, caso de producirse.

Mientras tanto, los centinelas oteaban sin cesar el horizonte con la esperanza de descubrir en él algún signo de socorro. En realidad, la anhelada ayuda no se hizo esperar. A principios de enero de 1709, una flota inglesa perlongaba a distancia la costa alicantina. Esta flota la mandaba el almirante Byng, que desde Lisboa se dirigía al puerto de Mahón. Byng destacó cinco de sus barcos para inspeccionar Alicante, pero el jefe de ellos viró en redondo ante las baterías enemigas, sin intentar siquiera el bombardeo de ellas (12). Esto ocurría el 15 de enero. En lo sucesivo habría que tener en cuenta que una guarnición defraudada sólo podía regresar a sus puestos ante la esperanza de algún otro intento de socorro.

Richards aún podía enviar cartas burlando el cerco enemigo, para lo cual es de suponer que utilizara los buenos servicios de paisanos residentes en la parte baja de la ciudad, quienes las entregaban en pueblos distantes, desde donde, en barcas, las llevaban a Barcelona. Por este complicado y arriesgado procedimiento, los días 25 y 26 de febrero despachó llamadas de socorro concebidas en términos dignos de ser citados, pues reflejan fielmente la personalidad de Richards como hombre y como soldado. Ante él se elevaba en

(12) En realidad, hace fuego contra la plaza. Contesta la artillería española que le hunde un navío. (Nota de la Redacción.)

trágica faz la enorme responsabilidad de tener que decidirse por tratar la rendición antes de la explosión de la mina enemiga, o esperar y resistir el choque apoyándose en la solidez de la roca y en el del túnel construido por Pagez. Esta tribulación se manifiesta claramente en sus cartas o despachos ya citados. «Querido Mickey —dice en la de 25 de febrero a su hermano—: No es tiempo ahora de largas historias. Llevamos sitiados tres meses, y durante ellos sin oír ni saber nada de la Corte o del Campamento por causas que sólo vosotros conocéis. No dudo, sin embargo, que confiáis en la firmeza y solidez natura. de la plaza, en el honor y fidelidad de los caballeros que la defienden y que tenemos provisiones para seis meses. Pero hay muchos caminos para ir al pozo, y el cnemigo eligió el de minar la parte más noble de nuestro castillo... : lleva tres meses trabajando y creo que se halla ya, si no debajo, al menos muy cerca de la gran cisterna y a unos sesenta metros de profundidad... Podéis confiar en que yo, con la ayuda de Dios Todopoderoso, lo resistiré —y en este caso, cada hombre sólo puede responder de sí mismo—. Recurro a este argumento porque sé que hay gente no tan dispuesta a todo y porque, en realidad, resulta un ruido desagradable el oír a la gente trabajando noche y día bajo nuestros pies.

El enemigo tiene siete regimientos de Infantería en la ciudad... y en los pueblos próximos dos regimientos de Caballería, todos muy débiles .., además de unos sesenta cañones en doce baterías, incluidas las que encañonan la playa por si nos viniera ayuda de mar. Pero esto de *por si nos viniera ayuda del mar* no es más que una broma: ya hace tiempo que estuvo aquí esa ayuda. De todo lo dicho puede deducirse que el enemigo aquí terminará su trabajo dentro de cinco o seis días, y que al término de ellos hará saltar su mina, cuyas consecuencias no pueden ser más que desastrosas, aunque espero poder resistir hasta que alguien venga a socorrernos... Ruego a Dios que nosotros tengamos un feliz encuentro.

Nota bene. — Mi parecer es que nuestras tropas de socorro deberán desembarcar al Este del monte de San Julián e ir directamente al citado monte, situándose a tal altura que la Caballería enemiga no pueda perjudicar a nuestra Infantería, pues de no hacerlo así, ellos podrían subir al castillo sin el menor riesgo, desde donde descenderían a la ciudad (13).

A esta *nota bene* siguen quince líneas en clave numérica, que incluso las máquinas computadoras del siglo xx no han sido capaces de descifrar hasta ahora. Es de suponer que contengan los nombres de los elementos desafectos existentes dentro de la misma guarnición u otras materias de importancia militar para la causa aliada.

(13) (Stowe Mss., 475, folio 130-2).

La carta revela muchas cosas acerca de Richards: su resuelta negativa a abandonar toda esperanza de socorro; su repulsa a sentir pánico al pensar en los horrores que el futuro inmediato podía reservar a él y a sus hombres; la serenidad con que seguía enviando información de valor militar, aun a sabiendas de que podía ser nefasto para él y para toda la guarnición; y sobre todo la abnegación con que soportaba la soledad del mando superior, y su muda llamada a la camaradería de su hermano: «Ruego a Dios que nosotros tengamos un feliz encuentro».

Para tener la seguridad de que esta carta llegaba a su destino, John Richards hizo una copia de ella y al día siguiente, 26, la envió con una nota que decía así: «El enemigo ha arrimado tablones a la boca de la mina; espero, pues, que empiece a cargarla esta noche o mañana».

Una última carta salió de Alicante, escrita por Richards, fechada el mismo 26 de febrero y dirigida al general Stanhope. Probablemente iba unido a ella un documento escrito a dos columnas paralelas; sobre la columna de la izquierda se leía: «Por la rendición», y comprendía, por párrafos numerados, las razones aludidas por los oficiales partidarios de la capitulación. En la columna de la derecha figuraban las contestaciones o razonamientos de Richards a dichos oficiales. He aquí el interesante documento:

Los partidarios de la rendición: 1.º Somos partidarios de la rendición porque tenemos una terrible mina debajo de nosotros, cuyos efectos no pueden conocerse con certeza, pues es posible que al explotar destruya totalmente la parte superior de la Roca, o que por lo menos la raje, dejándonos sin agua, al mismo tiempo que derribe el hospital, donde tenemos la mayor parte de la guarnición. Y aún en el caso de que la mina no abriera mucha brecha y pudiera evitarse la entrada del enemigo, ¿dónde tenemos hombres suficientes para defendernos?

Contestación de Richards: Que tenemos una terrible mina debajo de nuestros pies, es cierto; pero no pueden darse ya como ciertos los efectos de la misma. Por lo tanto, resulta injustificable en el más alto grado, para hombres de nuestra profesión, sacar mal seguro del temor de mal incierto. Todo lo que podremos perder a causa de la mina será nuestra gran cisterna, pero no así la barbacana, donde, incluso sin que llueva, tenemos agua para dos meses; si perdiéramos la barbacana, entonces sí estaría justificada la rendición. La explosión de la mina podrá destrozar por completo la plaza de armas y las mazmorras, pero lo más probable es que sólo haga varias grietas. Si no ocurre más que esto, el enemigo, al final, se encontrará tan lejos de entrar como lo está ahora, pues estamos comprobando que no se precisan muchos hombres para impedir que el enemigo escale la Roca. Pero aunque volasen por completo todo lo que se encuentra encima de la cámara de mina, ello produciría una

brecha tal, que sería fácilmente defendible, dándonos tiempo a consumir nuestras provisiones con honor.

Los partidarios de la rendición: 2.º Si nos vamos a ver obligados a rendirnos después de la explosión de la mina y cuando hayamos perdido la mayoría de nuestros hombres, seguramente será mejor hacerlo cuanto antes, conservando así los hombres para ocasión en que puedan ser de mayor utilidad.

Contestación de Richards: No siendo probable que la plaza de armas y las mazmorras salte por el aire, se puede admitir como seguro que el hospital resistirá, así como todo lo que existe en él; porque —salvo que la masa total de la roca se deshaga— puede ser que se resquebraje, pero no que se desplome. Pero aun suponiendo que ocurriera esta desgracia, de ninguna manera se producirá si retiramos a los hombres a las partes más bajas del castillo, dejando arriba solamente los centinelas necesarios para que el enemigo no pueda sorprendernos. En cuanto a las demás consideraciones, mi opinión es que no tenemos que rendirnos antes de agotar toda posibilidad de defensa —y esto sin especular sobre un hecho tan inseguro como el de los posibles efectos de la explosión de la mina—. Porque vistas así las cosas, ninguna ciudad podría defenderse, pues lo impediría el temor a la pérdida inevitable de vidas humanas. Y por lo tanto, mejor sería rendirse el primer día que el último. Por lo que se refiere a la posibilidad de ser socorridos, me atrevería a decir que nadie tendría más razones que nosotros para esperar.

Los partidarios de la rendición: 3.º Es práctica de guerra que cuando una guarnición se ve reducida al último recurso, se salve por medio de una capitulación; si nosotros nos quedamos hasta que el enemigo haya explotado su mina, pueda ser que entonces sea ya tarde.

Contestación de Richards: Estoy de acuerdo con las razones aducidas para la rendición, pero condicionadas a que la ciudad haya llegado al extremo de perder las obras exteriores; a que el enemigo haya abierto brecha en el cuerpo principal de la defensa de la plaza, y que la guarnición se considere tan débil, que la defensa se considere, a su vez, imposible. Pero nuestro caso es completamente distinto: el enemigo no ha tomado ni intentado tomar una pulgada de nuestro terreno; no ha abierto ninguna brecha en las defensas, y nuestros almacenes están llenos de provisiones de guerra y de boca. Por consiguiente, rendirnos únicamente por lo que pudiera ocurrir, carece de la menor justificación.

Por consiguiente, llego a la conclusión de que podemos resistir los efectos de la mina; y si no nos es posible evitar que el enemigo la cargue de pólvora, retiremos las guardias de la mazmorra, de la batería de mar y de la Roca, dejando sólo ocupados aquellos sitios desde los cuales se evite la sorpresa de una posible estrategia, dejando únicamente treinta hombres en el hospital y otros tan-

tos detrás de la fragua, con la misión de detener al enemigo si intenta escalar la Roca confiado en que nuestro servicio se ha retirado. Estas dos guardias bastarán para contener al enemigo hasta que el resto de la fuerza pueda venir en su ayuda. Para mayor seguridad, creo necesario montar otra guardia en la batería del barranco. (I., folio 133).

Hay algo de churchiliano en las respuestas de Richards. Pocos soldados dejaron testimonio de semejante gallardía frente a un peligro de desconocidas dimensiones, oponiéndose categóricamente a los partidarios de la rendición.

Mientras se desarrollaba en el interior del castillo la escena que dio lugar al coloquio que cabamos de transcribir, los minadores de D'Asefeld amontonaban en la mina 1.200 barriles de pólvora de 45 kilos cada barril. El mando borbónico envió por tres veces a otros tantos emisarios con banderín de tregua y ofrecimiento de rendición. La respuesta de Richards fue siempre inquebrantable. En un intento de que la guarnición asediada se percatara del peligro que corría, D'Asefeld permitió que dos oficiales aliados —Pagez y Thorneycroft— inspeccionaran la mina. Posiblemente, también intentaba D'Asefeld ahorrarse las toneladas de mina. Pero Richards siguió sin vacilar. En esto obró Richards como el rey Enrique V ante Agincourt, como el general Cambonne en Waterloo, como Moscardó en el Alcázar de Toledo, o como el general americano en Bastogne cuando la ofensiva alemana sobre las Ardenas, en diciembre de 1944. Esta es la verdadera sustancia con que se elaboran las leyendas...

El momento fatal se aproximaba inexorablemente. A las seis de la mañana del lunes, tres de marzo, los centinelas avisaron de que la vecindad estaba evacuando apresuradamente los barrios más próximos al castillo. Momentos después, un fino penacho de humo anunciaba al aire sereno de la mañana que la mecha había sido encendida... Con gran serenidad, el general de división John Richards salió a la plaza de armas acompañado por Sybourg, Thorneycroft y el resto de los oficiales veteranos de la guarnición francos de servicio... El grupo se detuvo deliberadamente sobre el lugar más peligroso, encima de la cámara de la mina... Richards se había situado allí para reanimar con su presencia la moral de la esquelética línea de dobles centinelas y puestos de guardia en el momento de la prueba suprema; el resto de la guarnición ocupó las posiciones de antemano establecidas en las casamatas y dependencias del castillo, al extremo oriental de la plaza de armas —es decir: lo más lejos posible de la esperada explosión (15).

(14) El número de 1.200 quintales es generalmente aceptado. Sólo Blaquer baja a 500. Este quintal no es métrico, sino castellano, de 100 libras, es decir, de 46 kilogramos. Lo que supone 1.200 kilogramos más de los citados. (Nota de la Redacción.).

(15) Invitó a los oficiales a un almuerzo sobre el baluarte. La línea de centinelas no sería tan «esquelética» en número. (Nota de la Redacción.)

El mundo contuvo su aliento...

De repente, una fuerte convulsión sacudió la tierra. El ruido cavernoso de la explosión conmovió el paisaje sereno y silente de la mañana. Por encima del castillo, se elevó al cielo una gran columna de polvo. En la plaza de armas se abrieron al instante gigantescas grietas. Los supervivientes, recobrados de la impresión, volvieron sus ojos hacia el lugar donde Richards y sus oficiales se habían situado... No quedaba huella visible de ninguno de ellos: doce oficiales y cuarenta y dos soldados (16) habían sido tragados por la tierra agrietada, que había vuelto a cerrarse sobre ellos para toda la eternidad. Pero los cálculos de Richards resultaron ciertos: la parte principal del castillo había resistido el choque sin grandes deterioros. La enorme explosión había desmontado uno o dos cañones, pero D'Asefeld seguía tan lejos de adueñarse del castillo como lo estaba hacía tres meses. Para las ventajas que le había proporcionado la mina, podía haberse la ahorrado.

El teniente coronel D'Albon asumió el mando de la merma de la guarnición, y, a media ración, siguió resistiendo durante cuarenta y tres días más. Hasta que, por fin, llegó el momento por el que Richards había esperado en vano: los centinelas avizoraron las gaviotas de la flota del Almirante Byng, que tardíamente volvían el 15 de abril.

Diríase que Alicante estaba a punto de ser liberado y que todo aquello por lo que había muerto Richards iba a convertirse en realidad. Desgraciadamente, este relato del heroico fervor en el cumplimiento del deber, va a terminar con una nota menos gloriosa. El Almirante Byng y el General Stanhope, que lo acompañaba, decidieron que no valía la pena destacar fuerza de asalto contra una costa defendida. La ulterior retención de Alicante en manos aliadas no justificaba una lucha probablemente carnícora. Y en vez de desembarcar, enviaron a la playa una bandera de tregua ofreciendo, ante el asombro de D'Asefeld, la plena posesión del castillo a cambio de la evacuación, con honores de guerra, de lo que había quedado de la guarnición. El jefe borbónico se apresuró a conceder, casi sin poder dar crédito al imprevisto giro que tomaban los acontecimientos. El valiente D'Albon abandonó así la plaza, con las banderas desplegadas, la bayonetas caladas y al son de los tambores y en la cabeza de los quinientos supervivientes de la guarnición de Richards. Más tarde fueron llevados al puerto de Mahón. En premio a sus servicios, D'Albon fue nombrado coronel del Regimiento de Sygour y Pagez fue ascendido a teniente coronel.

Tal vez una razón por la que esta dramática página de historia militar pasó francamente inadvertida, se debía al indigno acto final. Superficialmente al menos, podría parecer que el valor y el sacrificio de Richards fueron inútiles. Por otra parte, el hecho de que Richards no fuera oficialmente un oficial inglés, sino inglés al servicio de

(16) Más de 150 soldados. (Nota de R.).

Carlos III, pretendiente al trono español, puede ser causa de que su gesto sublime haya pasado al relativo olvido en que se encuentra, y además por haberse producido en una guerra de muchos y más importantes hechos que el asedio de Alicante. Añadamos a esto la circunstancia de que el Regimiento de Infantería de Hotham, creado en 1705, fue licenciado o disuelto inmediatamente después del final de la guerra, destino compartido por los hugonotes de Sybourg, no quedando, por ello, unidades regulares del ejército que fomentaran y perpetuaran la memoria de estos acontecimientos.

Sin embargo, había representaciones de aquellas unidades famosas, el *Regimiento de la Artillería Real* y las fuerzas de *Infantería de Marina Real*, que formaban parte de la guarnición, siendo una pena que no se haya representado en sus banderas ningún símbolo perpetuando la defensa de Alicante.

Sea como fuere, nada podrá nunca empañar la memoria de la valentía personal y del tenor físico y moral desplegados por Richards. La roca oscura que aún hoy domina Alicante, conserva su recuerdo eternamente. Su tumba es un símbolo sin edad, que atestigua el desafío de que fue intérprete un hombre, sin arredarse a las dificultades.

Plácenos indicar que su muerte no careció por completo de quien la registrara ni de quien la cantara. En el primer folio del volumen manuscrito que contiene gran parte de la correspondencia ya citada, existe una nota semilegible que dice lo siguiente:

CASTILLO DE ALICANTE, 3 DE MARZO DE 1709, N. S. EL
LUNES, A LAS SEIS DE LA MAÑANA. A LA ETERNA FAMA Y
MEMORIA DEL MÁS DIGNO CABALLERO, GENERAL DE DIVISIÒN
JOHN RICHARDS, QUE TUVO EL DESTINO DE SER VOLADO EL
DÍA Y FECHA ARRIBA SEÑALADOS. POR CUYO DEPLORABLE
ACCIDENTE, EL P. ANTONIO PASCUAL [?], UN JESUITA, HIZO
ESTAS CUATRO LÍNEAS

EPITAFIO

LLORE LA ESPAÑA, LLORE LA INGLATERRA
PÉRDIDA FATAL QUE AL ORBE ATERRA.
Y GOCEN AMBAS QUE EN FATAL MOMENTO,
SE ABRE EL MONTE Y SIRVE DE MONUMENTO (17).

(17) Misma cita anexo al folio uno.